

Primera parte

El pájaro blanco



No te acobardes ante lo que vas a sufrir.

APOCALIPSIS DE SAN JUAN, 2:10

1

El cielo se ha encapotado, abovedando de nubes el pequeño mundo de West Condon. Los tramos de nieve antigua, encostrados de hollín a plena luz del día, parecen ahora blanquearse conforme el atardecer va ganando terreno. La temperatura desciende. El aire está enrarecido de humo de escoria. Sólo han pasado ocho días desde que comenzó el año, pero la vaga esperanza que tradicionalmente suscita su adviento ya se ha marchitado. Ciertamente, hay nacimientos, muertes, accidentes, rumores, bromas, emparejamientos y disputas como de costumbre, pero una fastidiosa monotonía parece impregnar incluso los mejores y peores de éstos.

Las escuelas exhalan a los jóvenes. Éstos, aún no convencidos en su mayoría de hacerse cargo de la dura labor del mundo, se reúnen en torno a mesas de billar y máquinas del millón, en establecimientos de bebidas y en la estación de autobuses, o simplemente en esquinas. Se organizan partidos de baloncesto en patios de colegios y callejones. Los miembros del equipo del instituto entrenan brevemente en el gimnasio, tras lo cual se van a casa a descansar para el partido de la noche. Los críos más dotados serpentean entre las ramas de los árboles en pro de la justicia mientras, abajo, se libran batallas con tirachinas. Las pequeñas juegan a las casitas o ponen inyecciones a muñecas achacosas, mientras sus hermanas mayores explotan pompas de chicle, dan portazos, cotillean, beben batidos a sorbetes o se limitan a quedarse pasmadas ante las rarezas propias de su edad. Bandas juveniles caen sobre los excéntricos más desafortunados, chavales de grandes orejas o pantalones cortos o egos inquietos que van acumulando odios retraídos. Se encienden cigarrillos subversivos que, tras pender de unos labios, reciben un papirotazo y son aplastados con el tacón.

En la mina de carbón Número 9 de Deepwater, el turno de día sube desde las entrañas en jaulas y entra a empujones en las duchas, como jugadores duros pero cansados. Unos se

irán a casa, otros a cazar o hablar de caza, unos a llenar las tabernas, otros a las mesas de juego; muchos acudirán al partido de la noche contra Tucker City. En el pueblo, el turno de noche come por separado, se viste, refunfuña, suelta ocurrencias, espera un coche o calienta el propio. Les ronda cierta aprensión, pero ese es el pan de cada jornada. Algunos bromean para ocultarla, otros se quejan con amargura de los salarios o del contenido de sus tarteras.

En Main Street se cierran las tiendas y enseguida se servirán copas en cocinas y se repartirán cartas en la asociación de caza o el club de campo. La actividad está en su habitual desplome posnavideño. Se hace inventario. Se calculan impuestos. Un muermo. El tiempo sigue su marcha, parece correr y arrastrarse al mismo tiempo. La gente tiene la cabeza puesta en la cena y el partido, y charla, charla sobre cualquier cosa, charla y escucha charlar. Sobre religión, sexo, política, pasta de dientes, comida, estrellas de cine y boxeadores. Sobre pesca, horóscopos, ropa de mujer, automóviles, sobre la naturaleza humana. De esto y aquello, putas, vírgenes, esposas, hijas, tiempo y dinero. De aburrimiento y buenas épocas. De ganar peso, de ir en serio, del cáncer, la evolución, los padres, los viejos tiempos, de Jesús, de fichajes de béisbol. De sádicos, santos y locales de comidas. Charla que te charla, sin parar. De remedios para dejar de fumar. Del trabajo, de mejores trabajos, de lo atolondrados que están los chavales, de televisión, de minería, de la lista de éxitos. De remedios contra la indigestión. De judíos, árabes, comunistas, negros, de la universidad. De remedios contra la impotencia. Del Espíritu Santo. Del torneo estatal, de filtros, de West Condon, de los habitantes de West Condon; principalmente de eso: de los habitantes de West Condon, qué narices les pasa, qué tonterías han hecho, de qué se habla, por qué hablan como hablan, quién está molesto, qué chistes han contado, por qué no son felices, qué va mal en sus hogares.

Parte de la charla, aunque no la mejor, acaba en el periódico, el *Chronicle* de West Condon, que en este momento es plegado y empaquetado en bolsas de lona por repartidores jóvenes y combativos, y enseguida será diseminado por la comunidad por nocturnos mensajeros de la palabra que, al lanzarlos desde sus bicis, soñarán que son ases de los Cardi-

nal. Al frente, el editor y director Justin Miller, antaño repartidor, sostiene el teléfono, pivota cansadamente en su silla giratoria, contempla por la ventana, cubierta de la suciedad de catorce años, el plumizo aparcamiento exterior. El solar está lleno de costras con hierbajos, placas de hielo gris. Al otro lado de la parcela: el deslucido flanco trasero del West Condon Hotel. En el otro escritorio su ayudante, Lou Jones, saca textos a destajo para el día siguiente. Le pediría a Jones que cubriera el partido de esta noche, pero sabe que le molestan los encargos que tengan que ver con adolescentes. Dorris la camarera sale por la puerta posterior de la cafetería del hotel con cubos de desperdicios, los vacía en la incineradora, descansa un instante para hurgarse la nariz. Miller se pregunta cómo se las apaña Fisher, el viejo que dirige el hotel, para acabar contratando sólo a esa clase de adefesios derrengados.

Oxford Clemens, antiguo colega de Miller y compañero del equipo de baloncesto del instituto, mira desde la ventana de una vieja casa gris combada por el tiempo en el barrio de viviendas baratas del pueblo. En la calle de tierra, unos niños juegan a dar patadas a una lata en la oscuridad creciente, chillando alegremente obscenidades impropias de su edad. Clemens bosteza, se rasca la entrepierna, tiene la suerte de estar mirando cuando la farola se enciende, le dirige una sonrisa. Se gira y alarga la mano hacia unos pantalones tirados sobre una silla. Lleva unos calzoncillos con un gran desgarrón detrás; los pantalones provienen de excedentes del ejército, están fofos y lucen una suciedad histórica. A las 5:12, ciento treinta y ocho minutos antes del partido, un destartado Buick de la posguerra vetado de óxido llega traqueteando al lugar de siempre y hace sonar su ronca bocina modelo T. Oxford Clemens sale desganado, abotonándose una camisa de seda amarilla, tirando de una cazadora de cuero y un cubo. Se monta detrás con Tub Puller, el cual está roncando. «Buenas noches, señoras», saluda Clemens mientras tira de la puerta. Conduce Pucho Minicucci, que no dice nada, pero Angelo Moroni, capataz de Clemens en la mina, se vuelve y dice, «Eh, Fordo, ¿es que no tienes otra puta camisa?». Clemens esboza una sonrisa lánguida, lo deja correr.

El corto trayecto hasta la mina Número 9 de Deepwater está dominado por Moroni, que habla sin cesar. El tema es

salir de la mina, salir de West Condon, salir de esta inútil vida y hacerlo con mujeres. Oxford embute los largos brazos en la cazadora de cuero, empujando sin querer a Tub Puller. Puller arremete irritado con su gordo brazo derecho, sacude a Clemens en el pecho. Puller es perforista de profesión, tiene un cuerpo y una cara de la anchura y consistencia de una nevera llena de masa de pan, se pasa casi todo el día sin abrir la boca. Moroni es un sujeto bajo y musculoso de rostro redondo y creído, ojos separados que se comban sonrientes en los extremos, labio superior estrecho, nariz ancha y veintisiete años en la mina. Lleva un sombrero ladeado sobre la cabeza y tiene la costumbre de bajárselo hasta la nariz cuando bebe, juega al pinacle con su colega Vince Bonali o habla de mujeres. Minicucci es delgado y tiene una aguileña nariz romana. Sufre de un defecto en el habla consistente en la incapacidad de pronunciar bien la erre y en la mina es rielero. Clemens, entibador, es un sujeto alto de enmarañado pelo amarillo y ojos estrechos inyectados en sangre. En este momento está tosiendo, encogido en un jadeo sibilante de fumador. «¡Eres un chupapollas, Puller!», carraspea entre dientes, de buen humor y retrepándose. Puller vuelve a atizarle sin contemplaciones mientras mira con ojos entornados por la ventanilla, claramente malhumorado por estar despierto. Eso es lo que se merece quien nace para ser Fordo el Nõrdo. Clemens enciende un cigarro. Está acostumbrado a las pullas, pero eso no le consuela.

—No hay sitio —se queja Minicucci al llegar a la mina.

—Déjalo bajo la torre de agua —dice Moroni.

—No jodas, Ange, eso va contra las nohmas. No me...

—¡A tomar por culo las «nohmas», Pucho! Aparca ahí y si alguien pregunta dices que te lo ha dicho Ange, ¿te enteras?

Son las 5:28. En la oficina principal sólo hay una luz encendida, más hacia la bocamina. El castillete apenas se distingue contra el cielo sin estrellas. El vientre plateado de la torre de agua es más que visible desde abajo.

En el lavadero, Clemens se quita la cazadora, la camisa amarilla, los mocasines y los pantalones militares. Se encorva, enseñando la raja de los calzoncillos, y un sujeto de pecho ancho, moreno con tupidas cejas aún más oscuras, sonríe, apunta, le atiza en el trasero con una toalla mojada.

Clemens aúlla, gira y arremete ferozmente contra el de la toalla. Angelo Moroni y Tuck Filbert los separan.

—¡Espagueti *cacólico* culogordo! ¡Ya te di un repaso una vez y volveré a dártelo! —La delgada cara de Clemens está retorcida de furia contra Bonali.

—Repásate esta, llorona —dice Vince Bonali, agarrándose los genitales con una mano enorme y adelantando la panza. Está riendo, pero sin humor.

En el gimnasio están encendiendo las luces. El conserje y un par de alumnos de primero barrerán la cancha. Clemens puede sentir el lustre, paladear el parqué, oler el puro gozo que emana de éste. Se viste y piensa en ello, intenta olvidar a Bonali y Moroni y los demás. Se pone la chaqueta azulona llena de manchas, deshilachada en los puños, se embute unos gruesos guantes en los bolsillos, recoge el cubo. Pese al esfuerzo, sigue con los ojos tensos y la mandíbula rígida. Bonali ya está vestido pero sigue haciendo el payaso, acaba de sacudir con la toalla el culo enclenque de un minero alto y huesudo llamado Giovanni Bruno. Bruno no replica, apenas se encoge, tan sólo palidece y dirige una mirada fría a Bonali. Varios rompen a reír.

—¡Dale otra! —exclama Chester Johnson—. ¡Parece que le gusta! —Más risas. El compañero y único protector de Bruno, el predicador Collins, ya ha bajado y Bruno se ha quedado solo.

—¡Eh, escuchad! —aúlla Bonali con su profunda voz de barítono. Agita un papel amarillo—. ¡Voy a daros un alegrón, huevones! ¡Tengo un *poema*! —Bruno da un zarpazo hacia el papel, pero Bonali le aparta de un empujón.

Clemens hace una pausa, vuelve a su taquilla, rebusca en los bolsillos de los pantalones mientras Bonali lee:

—*¡Mi madre!*

Ahora todos ríen y vociferan.

—*¡Dame eso!* —exclama Bruno con el tono de angustia de un niño lesionado en un juego, pero tres mineros burlo-nes le retienen, Johnson agarrándole por la cintura, Mario Juliano y Bill Lawson sujetándole los brazos.

—*De tu seno inmortal...*

Hay un clamor de rugidos y risotadas y todos los presentes se congregan para ver y oír. Bruno, rodeado, llora. John-

son menea el puño ante Bruno como si le masturbase. A Clemens se la trae al paio Bruno, pero entiende su reacción. Enciende un pequeño petardo y lo mete en el bolsillo trasero de Bonali, sale hacia la lampistería con la chapa en la mano.

La chapa es de latón. Tiene un pequeño 9 estampado, un 1213 bastante más grande y, abajo, las letras *G.D.C.Co.* Todas las chapas tienen el 9 y las letras, pero sólo en la de Oxford Clemens pone 1213. Este número identifica al portador, como los de las camisetas de baloncesto. A las 6:03, la entrega al viejo Pop Hendricks y recibe a cambio una lámpara y una batería con los mismos números. Pop cuelga la chapa de latón en un gran tablero que representa esquemáticamente el interior de la mina.

Mientras Clemens encaja la lámpara en la ranura de su casco su capataz, Angelo Moroni, entra en la lampistería, dando zapatazos con las botas de puntera de acero contra el suelo de madera seca. Moroni sigue riéndose con el poema de Bruno, pero al ver a Clemens se borra la risa con una pasada de la mano mugrienta y gruñe algo sobre el petardo.

—Debería arrancarte el puto culo, Clemens —dice, pero por lo bajo, para que Pop no lo oiga. Moroni y Bonali son colegas de antiguo.

Oxford sonrío, exhibiendo un colmillo mellado, cambia de tema.

—¿No has visto a Willie Hall? —Hall es el compañero de Clemens en la mina.

—No. ¿Qué pasa? ¿No está?

—No le he visto.

—El problema es que no soporta trabajar contigo, Fordo.

Clemens se encoge de hombros, vuelve a sonreír. Moroni entrega su chapa a Pop Hendricks.

—¿Quieres que le espere o...?

—No, un momento —dice Moroni—. Esta noche hay uno nuevo. —Coge su lámpara y su batería, trota con ellas hasta la puerta de la lampistería, asoma la cabeza—. ¡Eh, Rosselli! ¡Ven!

Ni muerto ni vivo, esa ha sido la historia de Oxford Clemens. Le llamaban Fordo, Fordo el Ñordo, y se lo tragaba o se lo hacían tragar. No conoció a su viejo y su vieja quería que la espichara, le pidió a su tía Marge que lo matara en

cuanto saliera, pero la tía Marge jamás mató una mosca, ni siquiera una cucaracha o un pollo, pues creía en la paz eterna, en la infinita misericordia de Dios y en la comunión. Y los maestros le estrellaban la regla en la cabeza y los niños de la escuela, más pequeños que él, le llamaban Bruto y Ñordo y Paletto, le tiraban piedras y le atacaban en grupo. Esa era la única manera que tenían de ganarle. Y le tiraban bolas de granizo y le rompían los libros y le escupían bolas de papel ensalivado y una vez le partieron un diente de un botellazo. Así eran las cosas. Aprendió a tomárselo con calma e ir con cuidado. Se pilló una buena escopeta, se infló a cazar, acertaba a ardillas a la carrera y les pisoteaba la cabeza para que dejaran de sacudirse entre los arbustos, pero no se las llevaba: la gente ya no comía ardillas. Y se pilló una buena caña y un par de anzuelos, usó saltamontes, gusanos, las moscas de toda la vida, y se pasó tardes pegajosas pescando percas doradas en arroyos empantanados, batiendo récords mundiales hasta que se le cansaban los brazos, y las ensartaba en una percha de alambre, las metía en el agua para que dejaran de aletear en los hierbajos y allí las dejaba: a nadie le gustaba limpiar percas doradas. Y una noche después de un partido se pilló una canasta del instituto y, como era alto y rudo, se dedicó a avasallar a los chavales de la Lincoln School. Era bueno con las manos y las metía desde nueve metros, pero nadie aguantaba que Fordo Clemens acaparara el juego, así que los mandó al infierno y continuó colándolas de lejos, solo, batiendo récords del mundo hasta mucho después de haberse puesto el sol, y luego se echaba un cigarro y se pasaba por los billares, jugaba una partida de *snooker*, un hacha desde los once años, y maldecía como un poseso, haciendo que los viejos del lugar se mondaran de risa.

Tony Rosselli se presenta y Oxford responde con un gruñido. Suben juntos a la jaula, se agarran a las anillas. Clemens se ha puesto los guantes, pero Rosselli, que no los lleva, se encoge, ignorante de que las anillas estarían frías. Joe Castiglione, Mike Strelchuk y un par de forasteros llamados Cooley y Wosznik se montan con ellos. Encienden las lámparas y Castiglione enfoca los vaqueros azules nuevos de Rosselli con la suya. «Eh, tíos, ¿quién es el menda?», grita, y los demás dirigen sus lámparas hacia él mientras la jaula se

precipita por quinientos o seiscientos pies de negrura hasta llegar al fondo.

Abajo, media docena de mineros esperan una vagoneta sentados en sus cubos, y la llegada del nuevo les anima. En vez de recurrir a las habituales historias sobre las artes de la hermana de Fordo Clemens, se centran en el joven Rosselli. Uno sugiere que le inicien. Rosselli, un chaval de cara llena y ojos marrones de dieciocho, tal vez diecinueve años, sonríe incómodo. Hoy en día es raro ver a un jovencuelo como Rosselli empezar en la mina: asumen que alguien debe haber tirado de algunos hilos para colocarle. Bill Lawson clava la mirada en el chico y se mete un puñado de tabaco en la boca. «¿Han despedido al viejo Willie, Fordo?», pregunta y escupe entre los dientes. Lawson lanza en la liga semiprofesional en su tiempo libre y el tabaco forma parte de su estilo.

—Haced sitio al menda —dice Juliano.

Oxford Clemens se sienta en su cubo y dirige una mirada sombría hacia una pared lejana mientras mordisquea una cerrilla.

—Eh, chaval, ¿a quién le has chupado el culo? —pregunta Joe Castiglione, cuyo hermano lleva casi dos años en el paro—. ¿A quién se la ha chupado tu compadre, Fordo?

En el gimnasio ya estarán entrando, llenándolo de ruido y color, saludando, dándose la mano, gritándose. Muchachos con delantales estarán vendiendo Coca Cola, y las animadoras, vestidas con jerséis negros con el anagrama naranja de WC, estarán dando botes y palmadas, ajenas a todo. Oxford oye mentalmente la bocina y las manos le sudan y le hormiguean. En ese gimnasio, un día de su segundo año, estaba tonteando con una pelota cuando llegó el equipo para entrenar. Se sonrojó y pensó que a la porra y siguió tirando. Un chaval larguirucho de cejas oscuras se acercó al trote, atrapó la pelota bajo la canasta y se la lanzó de vuelta. Él metió otra y el alto sonrió y se la devolvió de nuevo. La pelota le llegó como a cien; aquel tío sabía pasar de verdad. Oxford apuntó y metió otra. El chaval la recogió al caer de la red y se acercó y dijo llamarse Justin Miller, y él dijo que se llamaba Oxford Clemens. A continuación Justin —que en realidad se llamaba Tiger, claro está—, Tiger presentó a Oxford al entrenador Bayles, tras lo cual entrenó con ellos todas las noches.

Tiger le enseñó a palmeaar un rebote y a tirar en el aire y a pasar al toque y le dieron una equipación, y un día Tiger dijo, «¡Venga, Oso, métela!». Y desde entonces le llamaron Oso, estaba flaco como una barandilla pero le llamaban Oso, *Osaco*, y él y Tiger Miller estuvieron todo el año pasándose-la y encestando. Una noche Oso anotó 34 puntos contra Tucker City y batió el récord del instituto que hasta entonces ostentaba Tiger Miller. Faltaba poco para el final y él y Tiger se desmarcaron con la pelota y acabaron a una milla del resto bajo la canasta, completamente solos. Tiger le pasó la pelota para que encestase, pero como eso implicaba un nuevo récord, Oso sonrió y se la devolvió a Tiger, el cual sonrió a su vez y dijo, «¡Métela tú, Oso!», y la lanzó por encima del aro y, con los demás ya atosigándoles, Oso saltó como un ave zancuda y recogió la pelota en el aire, soltándola dentro de la canasta como si fuera un huevo. Y aquello supuso un récord de todos los tiempos y le llevaron en volandas y a hombros y salió en todos los periódicos y Dinah, su hermana, aunque no había podido ir, leyó todo lo que había pasado.

Oxford y los demás reunidos en el fondo suben a una vagoneta a las 6:33 y se dirigen a sus puestos de trabajo en el dédalo de salas de paredes negras que parten de la Nueva Galería Sur, entradas nueve a dieciséis. La luz de las bombillas rebota en las grietas del techo mientras la caja de hierro se mece y se bambolea, traquetea y chirría, haciendo demasiado ruido para hablar. En sus ritmos imperiosos, Oxford casi puede oír a su vieja tía Marge, que les crio a él y a Dinah, farfullando en la Iglesia del Nazareno:

«... y Dios ten misericordia de esos niños Dios (amén) muéstrales la paz eterna (en el nombre de Jesús) haz que ese chico deje de acosar lávale los pies (sí amén) y Dios haz que Dinah deje de buscar hombres y así pueda buscarte a Ti (sí díselo a la hermana Marge) lávale los pies (amén amén) y Dios haz que Oxford deje de fumar y beber Muéstrale el camino lávale los pies (óyela Señor) pues el Día de Su Juicio está cerca (sí Dios) y en verdad el Hijo del Hombre vendrá en la gloriosa luz de Dios Padre (sí) con todos Sus ángeles (ya vienen) y de su boca saldrá una afilada espada (sí sí) y todos estos pecadores y falsos profetas de aquí serán arrojados vivos al fuego y el azufre (oh sálvanos) y todo renacerá y los po-

bres y verdaderos heredarán (heredaremos) y por tanto Dios por el amor de Jesucristo salva a mi Dinah y a mi Oxford de sus costumbres adúlteras lávalos los pies límpialos con la sangre del Cordeiro (oh Dios) haz que la paloma de Gracia descienda sobre ellos (purificalos) guíalos a casa Dios enséñales el amor y la gloria eterna oh Dios apelo a Ti óyeme Dios lávalos lávalos del todo Dios lávalos los pies (amén).»

Cuando la vagoneta se detiene ante la novena entrada hay un momento de silencio, Tony Rosselli se vuelve hacia Clemens y pregunta:

—Oye, di, ¿tú no eres Oso Clemens? ¿No jugabas en el equipo que fue a las estatales?

Sí, y se ponía camisas de seda y dejó de ir a Waterton a tirarse a las amigas de de su hermana para liarse en cambio con las pijas del instituto. Aún se dejaba caer por los billares de vez en cuando, pero sólo para que los viejos le palmeasen la espalda y le llamaran Osaco. Y ese año él y Tiger llevaron al equipo a las finales de la liga estatal y sólo perdieron el último partido, siendo elegidos, los dos, en el equipo ideal del estado, y nada más estaban en segundo año. Sólo que el año siguiente resultó que Oxford no era apto para jugar por ser demasiado mayor. No se lo podía creer, pero cuando descubrió que así era, los mandó a freír espárragos y bajó a la mina. Tiger tenía un nuevo colega en el equipo y Oxford no le veía casi nunca, salvo cuando iba a los partidos, y en cambio tenía que aguantar a su nuevo compañero de dientes mellados, Willie Hall, que iba a la iglesia con su tía Marge y tenía tanto miedo a la mina que sólo trabajaba la mitad de las veces. Oxford no volvió a salir en los papeles y las pijas le colgaban cuando las llamaba por teléfono. A su tía Marge se le fue del todo la cabeza y una noche, en una convivencia religiosa en el campo, se puso a echar espumarajos por la boca y murió de un infarto. A él le dio el bajón y estaba amargado todo el tiempo. Iba a Waterton todas las semanas, bebía con Dinah hasta la náusea y se revolcaba con las amigas de ella cuando estaban libres.

Clemens y Rosselli bajan de la vagoneta en la entrada once porque Clemens quiere hablar con alguien de esa zona, un piloto de *buggies* llamado Eddie Wilson. Bill Lawson y su

compañero Mike Strelchuk les siguen. Esperan a que Oxford cruce la entrada, y entonces se ponen al lado de Rosselli. Cada uno le coge de un codo.

—Vamos, Tony —dice Strelchuk con una sonrisa cuadrada llena de dientes—. Te acompañamos hasta el tajo.

A escasa distancia, Wilson está diciendo:

—Que no, Fordo, maldita sea, ya te lo he dicho, no te presto el perro y punto. De todos modos igual me da por ahí y el fin de semana me llevo al chucho de caza.

Clemens escupe, se rinde.

Una noche lluviosa de entre semana, sobre las doce, los dos sentados ante una mesa cuarteada de color crema, el lugar tan desolado que hasta la señora Dobie se había ido a la cama con sus andares de pato, compartiendo una cerveza agria, Oxford se puso a hablar de que estaba hundido, su vida no tenía sentido e igual hasta se quitaba de en medio, por no haber esa noche ni siquiera había chicas. Dinah exhibía profundos surcos de edad en la frente y bajo los ojos y alrededor de la boca, y verla así hacía que Oxford se sintiera deprimido y asqueado. Hubiera dado lo que fuera por tener algo de dinero para dárselo, mandarla de vacaciones a algún sitio, igual al oeste, o comprarle un vestido nuevo, arreglarla; ¡Dios!, qué triste estaba. Y mientras miraba a su hermana desanimado, ella dijo, «Venga, Oxford, mejor te quedas conmigo esta noche». Como no había nadie más, subieron arriba, bromeando y sintiéndose un poco como críos. Se acostaron y ella jugó con él un poco, pero ni con esas se le levantaba, así que rieron y se quedaron dormidos y, al rato, despertaron en mitad de la noche y se liaron a brazo partido...

Cuando Clemens llega a la catorce, descubre a Rosselli tumbado bocabajo, a Strelchuk y Castiglione sentados encima, sujetándole los brazos. El chico tiene la cara manchada de sangre y carbón, y Strelchuk y Castiglione están restregándole polvo de carbón en la ropa nueva. Chido Pontormo está echándole puñados de polvo a la cara con los pies. Tuck Filbert mira de cerca con una gran sonrisa en su cara de cajón. El compañero de Strelchuk, Bill Lawson, se acerca con una manguera de aire comprimido.

—¡Tíos, bajadle los calzones y le damos al niño un meñillo de iniciación! —grita y expulsa un pegote de tabaco.

Ely Collins, el predicador nazareno, sale alto y gris por la entrada, arruga el gesto y advierte:

—No deberíais andaros con esas payasadas. No está bien.

Clemens amaga un par de pasos al frente, pero Filbert, Pontormo y dos más le cortan el avance. Strelchuk y Castiglione intentan dar la vuelta a Rosselli, pero en la maniobra Rosselli se suelta. Lawson acude a ayudar, y Rosselli, revolviéndose con violencia, le acierta en un lado de la cabeza con la bota nueva de punta de acero, dejando al viejo minero despatarrado. Strelchuk y Castiglione saltan sobre Rosselli maldiciendo, le sujetan brazos y piernas. Bocarriba, el joven no para de retorcerse y sacudirse, pero ahora le tienen bien cogido.

—¡Vale, bajadle los pantalones! —dice Strelchuk entre jadeos.

—Mierdecilla —se queja Lawson, temblándole las manos. Luce un largo tajo ensangrentado en la cara y tiene la dentadura postiza torcida. Él y Pontormo desabrochan los pantalones del chaval y se los quitan de un tirón.

La apurada carne del muchacho, que salta como un pollo con el pescuezo retorcido, es de un extraño blanco cremoso contra la tierra negra. Strelchuk y Castiglione intentan doblarle las piernas a la fuerza; Strelchuk le atiza en el vientre con el canto de la mano y el muchacho se encoge. Los dos le presionan las rodillas contra el pecho, sin lograr que Rosselli ceda aún.

Collins se interpone.

—¡Ya, muchachos, deteneos! ¡Alguien va a hacerse daño! ¡Por favor! ¡En el nombre de Cristo, os pido que os detengáis!

Pero los ánimos están demasiado caldeados. Collins es apartado de un codazo.

—¡Vale, Bill! —gruñe Castiglione—. Lo tienes a huevo: ¡híncasela hasta el fondo!

Lawson, pálido, casi blanco de dolor y rabia bajo el polvo negro, agarra la goma de aire.

—¡Quieto ahí! —Oxford Clemens se abre paso a guantazos entre los cuatro o cinco tipos, la hoja de la navaja abierta destellando a la vacilante luz de las bombillas y las lámparas de los cascos.

—¡Bill, nena, haz un movimiento con esa goma y te abro en esa panza gorda que tienes un boquete tan hondo que te cabrán hasta seis vagonetas dentro! —Lawson se queda paralizado, dirige una mirada glacial a la navaja que tiene a menos de dos palmos de la cara. La mano de Clemens avanza tensa, controlada, como ávida de entrar en acción—. Muy bien, señoras, ya podéis ir plegando y sacando vuestros culazos de reinona de mi compañero antes de que me ponga a cortar pelotas.

Castiglione y Strelchuk sueltan su presa, Strelchuk todo sonrisas y sacudiéndose la ropa, pero Castiglione se queda medio agachado, de cara a Clemens.

—Te crees la hostia de listo con esa navaja, ¿no, Fordo? —dice, acercándose lentamente.

Rosselli se incorpora, se sube los pantalones, se abrocha el cinturón. Se aparta de Castiglione. Clemens sonríe.

—Sólo es para nivelar las cosas, gordo. Cuando quieras vienes solo...

—¡Eh! ¿Qué coño está pasando aquí? —Es Angelo Moroni. Todos giran hacia él excepto Clemens, que da un paso al lado para atisbar al capataz por el rabillo del ojo mientras mantiene la mirada fija y atenta en Lawson y Castiglione. Hay una relajación general. Moroni mira la navaja, a Rosselli, a Lawson, evaluando la situación. Lleva veintisiete años en la mina—. Dame esa navaja, Fordo —dice en voz baja.

Clemens la cierra, se la mete en el bolsillo, se da la vuelta. «Vamos, Rosselli», dice, y pone la mano en el hombro del muchacho para guiarle en dirección sur, hacia la quince.

—Mejor vas a que te curen la cara, Bill —oye decir a Moroni, y alguien suelta un juramento.

Bueno, mierda, piensa Oxford, Moroni tiene razón. Tiene que salir de la mina. Él no es de los que se rompen la espalda ahí abajo. Más le vale largarse en cuanto pueda, el tiempo se le agota, y si no hace el movimiento pronto, nunca lo hará. Piensa que igual debería pillarse un coche como sea y tirar al este o al oeste y llevarse a Dinah, y a quien pregunte le dirá que se llama Bill o Jack o Danny.

Él y Rosselli salen a la derecha de la Nueva Galería Sur y entran en el corte de la quince, tras lo cual vuelven a torcer a la derecha por el pasillo de ventilación de la quinta norte.

En la entrada de la sexta este, Rosselli ve a los otros y empieza a recular, pero Clemens asiente:

—Sigue.

Tuercen a la izquierda, luego a la derecha, se acurrucan tras un puntal de carbón. Cerca del frente abandonado hay un cabezal de corte tirado como un animal muerto hace mucho. Los desniveles delatan un progresivo estrechamiento del filón. Son las 7:32. En el gimnasio, el partido habrá empezado. A Clemens le escuecen las puntas de los dedos. Se retrepa contra el puntal, saca un paquete de tabaco del bolsillo de la chaqueta. Rosselli sonrío.

—Caray, Oso, quiero darte las gracias por ayudarme ahí atrás. Estaba en mala situación y, en fin, mierda...

Clemens se desentiende, le ofrece el paquete.

—Enciende uno y olvídalo, colega.

Rosselli duda, mira en derredor, la lámpara de su casco rebana la excepcional negrura, iluminando por un instante vigas y túneles y equipos extraños. Acepta un cigarro, se lo encaja en la boca. Tiene los labios hinchados y agrietados, y sangre cubierta de polvo de carbón en la barbilla y la mejilla derecha. La mina está en silencio salvo por voces lejanas y el raspado de máquinas y, más cerca, un sonido similar al de las abejas.